

Las locuras del (ex) emperador

DOI: <https://doi.org/10.32870/dse.v0i8.312>

Luis Carlos Vázquez Vidrio*

Resumen: El propósito en este texto es reflexionar sobre algunas posibles implicaciones psicológicas en el proceder de George W. Bush, cuando éste, siendo presidente de los Estados Unidos, ordenó hace diez años, en 2003, la invasión a Irak por parte de las tropas estadounidenses. No se trata de reducir ese proceder político a un análisis psicológico, sino de identificar la confluencia de rasgos psicológicos con el ejercicio del poder, considerando y complementando el discurso de otras disciplinas. Como indica Jacques André (1993), lo psicológico redobla el conjunto de las actividades políticas y económicas de las sociedades humanas, mezclando con ellas sus propios efectos. **Palabras clave:** cultura, guerra, subjetividad, pulsión, agresividad.

Abstract: The purpose in this paper is to reflect on some possible psychological implications in the behavior of George W. Bush when he, being president of the United States, ordered ten years ago, in 2003, the invasion of Iraq by U.S. troops. It is not about reducing such political behavior to a mere psychological analysis, but about identifying the confluence of psychological traits and the exercise of power considering and complementing other disciplines discourse. According to Jacques André (1993), the psychological component enhances all economic and political activities of human societies, mixing with them its own effects. **Keys Words:** Culture; War; Subjectivity; Drive; Aggressivity.

El afán de poder que caracteriza a las clases gobernantes de todas las naciones es hostil a cualquier limitación de la soberanía nacional.

Albert Einstein¹

[...] las guerras no podrán cesar mientras los pueblos vivan en condiciones de existencia tan diversas, mientras difiera tanto el valor que cada uno de ellos atribuye a la vida del individuo y mientras los odios que los dividen sigan siendo unas fuerzas con tanto imperio en lo anímico.

Sigmund Freud²

*Psicoanalista, miembro activo del Círculo Psicoanalítico Mexicano, A.C. y cofundador del Círculo de Estudios Psicoanalíticos de Jalisco, A. C.

¹ En: Freud, (1933b [1932]), p. 184.

² Freud, (1915). *De guerra y muerte*. pp. 277-278.

1. Puntualizaciones metodológicas

El *hecho bruto* objeto de este ensayo, es: George W. Bush, que en su condición de presidente de los Estados Unidos, ordenó en 2003 la invasión a Irak por parte de las tropas militares estadounidenses.

Para Georges Devereux (1972: 19), un *hecho bruto* “no pertenece ni al dominio sociológico ni al psicológico. Sólo mediante su explicación (en el marco de una u otra de estas dos ciencias) el hecho bruto *se transforma en dato* psicológico o sociológico”. En la “frontera” entre los discursos explicativos de la sociología y de la psicología, se ubica el principio de complementariedad entre ambas disciplinas. Dicha “frontera” es “creada por la desaparición del objeto que pertenece efectivamente al discurso en cuestión y por la aparición, en su lugar, de un objeto que corresponde al discurso complementario” (*ibídem*: 22). Cuando la explicación sociológica de un hecho rebasa ciertos límites, en su lugar aparece lo que hay más de psicológico en el hombre (por ejemplo, la agresividad neurótica que éste manifiesta como soldado, etcétera); lo mismo ocurre cuando desaparece el objeto del discurso propiamente psicológico, “en su lugar quedan materiales cuyo *conjunto* corresponde sólo a la sociología: los status de padre, de soldado, etc., que el individuo en cuestión eventualmente posea” (*idem*).

De tal suerte, Devereux, citando a Henri Poincaré, sostiene que “si un fenómeno admite una explicación, admitirá también cierto número de otras explicaciones, todas tan capaces como la primera de elucidar la naturaleza del fenómeno en cuestión”. Y añade que “en el estudio del hombre (pero no únicamente en el estudio de éste) no es sólo posible sino obligatorio explicar un comportamiento, ya explicado de una manera, también de otra manera”. Desde su propuesta que apela a una pluridisciplinariedad postula, por un lado, “la *interdependencia* total del dato sociológico y del dato psicológico (precisamente porque cada uno de estos datos es *creado* a partir del *mismo* hecho bruto, por la manera en que se lo aborda)” ; pero, por otro lado, también postula “la *absoluta autonomía* tanto del discurso sociológico cuanto del psicológico”, una autonomía que se muestra en el hecho de que estos discursos son “complementarios” (*ibídem*: 12). Si bien Devereux se ubica en la “frontera” entre sociología y psicología, su planteamiento es aplicable también a otras disciplinas, pues el *hecho bruto* abordado en este ensayo, también puede transformarse, por ejemplo, en *dato* económico.

Con Devereux denotaremos el término “sociedad” como “un conjunto de individuos bastante considerable como para que la personalidad (en el sentido psicológico del término) de un individuo dado *no pueda* ejercer una influencia grande sobre los procesos grupales *sin el apoyo de un status social* (rey, presidente, jefe, hechicero, líder)” (*ibídem*: 16).

2. Algunas consideraciones sobre la subjetividad en la cultura

En *El malestar en la cultura*, uno de los denominados textos sociales de Sigmund Freud, el creador del psicoanálisis definía a la cultura en los siguientes términos:

la palabra 'cultura' designa toda la suma de operaciones y normas que distancian nuestra vida de la de nuestros antepasados animales, y que sirven a dos fines: la protección del ser humano frente a la naturaleza y la regulación de los vínculos recíprocos entre los hombres (Freud, 1930: 88).

En seguida intenta identificar rasgos de la cultura y apunta: "Reconocemos como 'culturales' todas las actividades y valores que son útiles para el ser humano en tanto ponen la tierra a su servicio, lo protegen contra la violencia de las fuerzas naturales, etc.", y enumera como las primeras hazañas culturales: el uso de instrumentos, la domesticación del fuego y la construcción de vivienda.

Entre las consideraciones freudianas sobre los rasgos de la cultura, nos interesa destacar en particular la referente al modo en que se reglamentan los vínculos recíprocos entre los seres humanos, a saber, "los vínculos sociales, que ellos entablan como vecinos, como dispensadores de ayuda, como objeto sexual de otra persona, como miembros de una familia o de un Estado" (*ibídem*: 92). Para Freud, el elemento cultural está dado con el primer intento de regular estos vínculos sociales, regulación que, de faltar, traería por consecuencia que tales vínculos quedasen sometidos a la arbitrariedad del individuo de mayor fuerza física, quien resolvería los vínculos de acuerdo a sus intereses y mociones pulsionales.

Freud señala que la libertad individual no es patrimonio de la cultura, habida cuenta que el desarrollo cultural impone limitaciones al individuo. De aquí la tesis freudiana de que "bajo el acicate del apremio de la vida, la cultura fue creada a expensas de la satisfacción pulsional" (Freud, 1916: 20). El paso cultural decisivo es la sustitución del poder del individuo por el de la comunidad, paso cuya esencia, afirma Freud, "consiste en que los miembros de la comunidad se limitan en sus posibilidades de satisfacción, en tanto que el individuo no conocía tal limitación. El siguiente requisito cultural es, entonces, la justicia, o sea, la seguridad de que el orden jurídico ya establecido no se quebrantará para favorecer a un individuo", lo cual apunta a que ese derecho no sea la expresión de la voluntad de una comunidad sobre otra, como lo haría un individuo violento.

En tal sentido, uno de los reclamos ideales de la sociedad culta se expresaría en el imperativo: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo". Empero, su cumplimiento topa con un fragmento de realidad efectiva que dicho ideal pretende desmentir:

el ser humano no es un ser manso, amable, a lo sumo capaz de defenderse si lo atacan, sino que es lícito atribuir a su dotación pulsional una buena cuota de agresividad. En consecuencia, el prójimo no es solamente un posible auxiliar y objeto sexual, sino una tentación para satisfacer en él la agresión, explotar su fuerza de trabajo sin resarcirlo, usarlo sexualmente sin su consentimiento, desposeerlo de su patrimonio, humillarlo, infligirle dolores, martirizarlo y asesinarlo (Freud, 1930: 108).

Freud advierte que las pasiones que vienen de lo pulsional son más fuertes que unos intereses racionales, y añade sobre la inclinación agresiva de la especie humana:

Esa agresión cruel aguarda por lo general una provocación, o sirve a un propósito diverso cuya meta también habría podido alcanzarse por métodos más benignos. Bajo circunstancias propicias, cuando están ausentes las fuerzas anímicas contrarias que suelen inhibirla, se exterioriza también espontáneamente, desenmascara a los seres humanos como bestias salvajes que ni siquiera respetan a los miembros de su propia especie. Quien evoque en su recuerdo el espanto de las invasiones bárbaras, las incursiones de los hunos, de los llamados mongoles bajo Gengis Khan y Temerlán, la conquista de Jerusalén por los piadosos cruzados, no podrá menos que inclinarse, desanimado, ante la verdad objetiva de esta concepción” (*ibidem*: 108-109).

Esta “verdad objetiva” aseverada por Freud hace poco más de ocho decenios, continúa desenmascarando “a los seres humanos como bestias salvajes que ni siquiera respetan a los miembros de su propia especie”. Revisemos uno de los primeros ejemplos del siglo XXI a través de un conjunto de informaciones proporcionadas por medios internacionales.

3. De la ficción a la cruda realidad

El 23 de marzo de 2003, al recibir el Oscar en la categoría de mejor documental, el cineasta estadounidense Michael Moore se pronunció enérgicamente contra la invasión militar de su país a Irak. “Estamos en contra de la guerra, señor Bush. Usted debería avergonzarse”, lanzó de entrada Moore, para luego añadir sin cortapisas: “Vivimos en tiempos de ficción, donde resultados electorales ficticios nos traen a presidentes ficticios que nos mandan a la guerra por motivos ficticios”. Los tiempos de ficción a los que aludía Moore encadenaban dos aspectos: por un lado, unas elecciones presidenciales cuya transparencia fue impugnada y que arrojaron el discutido triunfo de George Bush hijo; y, por el otro lado, la consideración de que éste, un presidente de legitimidad cuestionada, ordenó el ataque a Irak sin argumentos políticos sostenibles.

Aquellos argumentos, calificados de “motivos ficticios” por Moore y enarbolados por Bush para justificar lo injustificable, se resumían en la sospecha por parte de éste, y jamás probada, de que Irak poseía un cuantioso arsenal químico y bacteriológico de destrucción masiva que planeaba utilizar en contra de los Estados Unidos; entonces, para protegerse de ese supuesto ataque, el único método eficaz consistía en echar a andar una “guerra preventiva”³ Bajo semejante convencimiento, para lanzarse sobre Bagdad le resultaba absolutamente prescindible el dictamen de los inspectores enviados por la ONU a territorio iraquí, ya que, fuese tal dictamen positivo o negativo, para

3 De hecho, Noam Chomsky, en un artículo titulado “La fabricación del consenso”, incluye entre las razones del Estado imperial esta estrategia militar estadounidense: “Los indios fueron los primeros ‘agresores’ que hubo que combatir en aras de la libertad, siempre y cuando la definición de ‘agresor’ sea ‘aquel al que se ataca’” (en revista *Nexos*, año IX, vol. 9, núm. 97, enero 1986, p. 30).

el razonamiento bushiano cualquier resultado confirmaría la realidad de sus suposiciones: si se descubría el denunciado arsenal, ahí estaba la prueba; si así no fuere, sería el indicador de que el gobierno de Hussein lo tenía escondido. De tal suerte, apareciese o no el supuesto arsenal, Irak ya estaba encasillado en el llamado “eje del mal” en el que Bush lo había incluido junto a Irán y Corea del Norte, tras los atentados del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York. En esas condiciones, diversos analistas políticos no titubearon en denunciar esa “guerra unilateral”, según expresión del diario *Milenio*, como “una brutalidad política”, “inadmisible desde el punto de vista racional” y que, asimismo, contravenía la Carta de las Naciones Unidas. Tampoco habría que dejar de señalar que, en un sentido moral, tal invasión fue repudiable por tratarse de una expresión cruda de la ley del más fuerte, impunemente violatoria de los derechos más elementales de los seres humanos a ser diferentes. Y, según se constató por las multitudinarias manifestaciones diarias en prácticamente todo el orbe, en protesta contra la invasión estadounidense, era generalizada semejante percepción acerca del irracional, absurdo y abusivo, ejercicio de la fuerza militar por parte de la nación con el poder bélico más impresionante y mortífero que existe.

De sus reflexiones sobre la guerra, Freud observó asimismo, que los conflictos de intereses en la historia de la humanidad se zanjaban en principio mediante la violencia, y que “vence quien tiene las mejores armas o las emplea con más destreza”, a lo que añadió que ya fuese el combate por la fuerza muscular como en el pasado; o mediante las armas:

el propósito último de la lucha sigue siendo el mismo: una de las partes, por el daño que reciba o por la paralización de sus fuerzas, será constreñida a deponer su reclamo o su antagonismo. Ello se conseguirá de la manera más radical cuando la violencia elimine duraderamente al contrincante, o sea, cuando lo mate. Esto tiene la doble ventaja de impedir que reinicie otra vez su oposición o de que su destino hará que otros se arredren de seguir su ejemplo (Freud, 1933b: 188).

Que la consecución de dicho propósito no se cumplió sino hasta la radical eliminación duradera del contrincante, lo ilustra con elocuencia la satisfacción de Bush y sus colaboradores cuando, por orden del Alto Tribunal Penal iraquí, Hussein fue ejecutado en la horca el 30 de diciembre de 2006, por los cargos de crímenes contra la humanidad.

Con poco que se la cavile, la estrategia de Bush no es novedosa. Unos seis meses después del estallido de la Primera Guerra Mundial, Sigmund Freud advertía:

El estado beligerante se entrega a todas las injusticias y violencias que inflamarían a los individuos. No sólo se vale de la astucia permitida, sino de la mentira consciente y del fraude deliberado contra el enemigo, y por cierto en una medida que parece exceder de todo cuanto fue usual en guerras anteriores. El Estado exige de sus ciudadanos la obediencia y el sacrificio más extremos, pero los priva de su mayoría mediante un secreto desmesurado y una censura de las comunicaciones y de la expresión de opiniones que los dejan

inermes, sofocados intelectualmente frente a cualquier situación desfavorable y a cualquier rumor antojadizo (Freud, 1915: 281).

Veamos algunas injusticias y violencias a las que se entregó el beligerante George W. Bush.

4. De la convicción religiosa al ¿delirio?

En un breve intercambio epistolar con Freud sobre el por qué de la guerra, Albert Einstein advertía que

el hambre de poder político suele medrar gracias a las actividades de otro grupo guiado por aspiraciones puramente mercenarias, económicas. Pienso especialmente en ese pequeño pero resuelto grupo, activo en toda nación, compuesto de individuos que, indiferentes a las consideraciones y moderaciones sociales, ven en la guerra, en la fabricación y venta de armamentos, nada más que una ocasión para favorecer sus intereses particulares y extender su autoridad personal (Freud, 1933b: 184-185).

Desde esta óptica, con excepción hecha del código económico, sostén de una “razón” bien calculada para la desigual “guerra” perpetrada por Estados Unidos y apoyada por sus cómplices; a saber, la “razón” de hacerse del control de la región con el fin de apropiarse de la enorme riqueza iraquí en hidrocarburos, para así inclinar la balanza económica del lado estadounidense al que los precios del barril de petróleo estaban fracturando la espalda de su economía, desde cualquier otra perspectiva, fuese ésta política, social, ecológica o arqueológica, la invasión saltaba a la vista como un monumento a la sinrazón. Y resulta obvio que en esa sinrazón también se entramaba otro plano: el subjetivo. La psicología de quienes idearon y encabezaban la cínicamente denominada “Operación Libertad Iraquí”, no es un factor que queda aislado del resto. Para varios expertos, el proceder de Bush estaba orientado en buena medida por su encendida fe religiosa, la cual, decían, lo alejaba de la opinión de los otros. Y desde ahí, se derivaba que George W. no tolerase ambigüedad, postura que se condensa en su amenazadora advertencia al mundo de que: o se está a favor de los Estados Unidos o contra éste; de suerte que, por ejemplo, el devastador ataque contra Irak, se convirtió para Bush en la creencia de que se trataba de la ejecución de una orden divina encomendada al privilegiado pueblo estadounidense. No resulta aventurado atribuir a ese fundamentalismo la “justificación” bushiana de las acciones más terribles e inhumanas emprendidas, esta vez en contra del pueblo iraquí, en nombre de la paz y de la libertad. Empero, tampoco se puede reducir a su fe religiosa el sentido del belicismo bushiano. Sin la pretensión de hacer un análisis “quirúrgico” del discurso político de George W. Bush, la estructura del mismo resuena a la de un delirio.

Una definición clásica del delirio lo describe como sigue:

Una creencia personal errónea fundada sobre una inducción incorrecta concerniente a la realidad exterior, firmemente sostenida a pesar de la opinión generalmente compartida y de todo aquello que constituye una prueba evidente e indiscutible en contra. No se trata de una creencia por lo general aceptada por el grupo o subgrupo cultural al que pertenece el paciente (es decir que no se trata de una convicción religiosa) (Garrabé, 1993: 67).

Subrayemos la aclaración de que “no se trata de una convicción religiosa”. Además de la opinión pública internacional que repudió la destrucción masiva del pueblo iraquí ordenada por el entonces presidente estadounidense, dos voces autorizadas del “grupo o subgrupo cultural al que pertenece” Bush pusieron de manifiesto que la creencia de éste acerca de las razones para invadir Irak no era “una creencia por lo general aceptada”. Así, el decano de los congresistas estadounidenses, Robert Byrd, no titubeó en afirmar que: “La causa que esta Administración trata de construir para justificar su fijación con la guerra está manchada con acusaciones de documentos falsificados y pruebas circunstanciales”, habida cuenta que “no hay información creíble que vincule a Sadam con el 11 de septiembre”. Debido a esto, Byrd concluyó que Estados Unidos no podía “convencer al mundo de la necesidad de esta guerra por una simple razón: esta es una guerra elegida”. Por su parte, un ex comandante de la Marina estadounidense y ex combatiente de Vietnam, Harlan Ullman, fue de la opinión de que Bush se precipitó en la decisión de lanzar bombardeos masivos sobre Bagdad cuando quizá “si hubiera habido más inspecciones [de la ONU en Irak], se podría haber progresado un poco más”. La opinión de Ullman ilustra con claridad que la tendencia agresiva y cruel no necesariamente aguarda una provocación para expresarse, sino, como advertía Freud, también sirve a un propósito diverso cuyo objetivo habría podido alcanzarse por métodos más benignos.

Desde la psicopatología podríamos agregar que “cuando una creencia errónea implica un juicio de valor extremo, sólo se le considera como una idea delirante si el juicio es de tal manera excesivo que sobrepase toda credibilidad”, además de que una idea delirante se distingue de una idea sobrevalorada por cuanto que ésta, sea una creencia o una idea irracional, no se defiende tan firmemente como en el caso de la idea delirante. Entonces: ¿idea sobrevalorada o delirante, sostener contra toda evidencia el carácter “preventivo” de la guerra unilateral, cuyo único y loable propósito consistía, según Bush, en otorgar al pueblo iraquí la libertad de que no había gozado bajo el tiránico régimen de Sadam Hussein, para así “ayudar a los iraquíes a lograr un país unido, estable y libre”, a lo que se añadía el propiciar un orden mundial “pacífico”?

Entre las ideas delirantes más frecuentes se encuentran las de grandeza y de persecución, las cuales se tipifican como paranoicas y cuyo contenido salía a relucir en el discurso bushiano a la menor oportunidad; por ejemplo: a) en su aseveración del peligro que el gobierno iraquí representaba para los Estados Unidos; b) en su jactancia de que jamás se había concentrado tanto poder bélico,

el estadounidense, en un sólo lugar, el Medio Oriente (jactancia que, por cierto, la cruda crítica del citado Robert Byrd no pasó inadvertida: “Hacemos alarde de nuestro estatus de superpotencia con arrogancia”); c) en la megalómana pretensión de George W. Bush acerca de que reescribiría la Historia. Dicho lo cual, uno se vería tentado a endosar la factura del proceder político bushiano a la influencia de un delirio paranoico, de no ser por una consideración elemental: resulta sumamente difícil conceder que el propio Bush en verdad se creía su pregón de que iba a liberar a Irak de un “régimen brutal” y, de paso, también rescatar al mundo de las armas de destrucción masiva del dictador Hussein, sin perseguir ningún otro interés que no fuese “la paz del mundo”. Resulta difícil no vislumbrar semejanzas con aquella idea panhelénica consistente en la convicción de ser mejores que los bárbaros vecinos.

5. De Iván ‘El Terrible’ a Bush, pasando por Hitler

En cuanto a la aspiración de Bush de reescribir la Historia, precisamente ésta da cuenta de que a lo largo de los tiempos la humanidad ha conocido gobernantes, ya sean reyes, emperadores o presidentes, cuyos rasgos de personalidad hoy podrían diagnosticarse, por ejemplo, de esquizofrénicos. La historia recorre del romano Nerón al ugandés Idi Amín Dada, a quien Amnistía Internacional atribuyó la muerte de 300 mil personas durante su dictadura, pasando por Hitler, un referente de personalidad agresiva y cruel que, por lo observado en las distintas protestas que hubo en contra de la invasión a Irak, el imaginario colectivo asoció de inmediato con George W. Bush. Cuando Juan Gelman advirtió con pesimismo que “es una ilusión creer que vivimos el después de Auschwitz”, sino que “seguimos en Auschwitz”, estableció el puente Hitler-Bush: los asesinatos masivos; en lo que coincidió el intelectual mexicano Carlos Monsiváis al aseverar que “en el siglo XXI, con el poderío militar a la disposición, las guerras resultan y resultarán variantes del genocidio”.

La investigación psicoanalítica ha mostrado que la esencia más profunda del ser humano consiste en mociones pulsionales, de naturaleza elemental, entre las que las más representativas son las mociones egoístas y las crueles, cuya meta es la satisfacción de ciertas necesidades originarias (Freud, 1915: 283). Las pulsiones en el ser humano son de dos clases: las que quieren conservar y reunir (Eros) y otras que quieren destruir y matar (pulsión de agresión o de destrucción). En palabras de Freud, esto no es sino “la transfiguración teórica de la universalmente conocida oposición entre amor y odio” (Freud, 1933b: 192-193). De tal suerte, agrega, que hay innumerables crueldades de la historia y de la vida cotidiana que confirman la existencia del placer de agredir y destruir.

En esta línea, uno de los gobernantes más sanguinarios fue el primer zar ruso, Iván IV *El Terrible* (1547-1584), a quien se ha descrito como manipulador y egocéntrico, cuya crueldad en aumento encontró en el asesinato en masa su diversión predilecta. La historia también consigna los desenfrenos del príncipe Vlad, más conocido como *Drácula*, soberano de Valaquia. Entre sus despiadadas acciones, de *Drácula* se dice que ejecutó a más de 25,000 turcos en la ciudad de Schilta, en 1462. Y, según se aprecia, el contenido perverso de estos placeres sigue intacto con el paso de los

siglos, basta con recordar que el secretario de Defensa de los Estados Unidos en la administración Bush, Donald Rumsfeld, ganó fama en 2001 por su intenso júbilo durante el bombardeo contra Bin Laden y su grupo en tierras de Afganistán. Pequeños lujos del inmenso poder, cuya enorme satisfacción no ocultaba la sonrisa contenida de la expresión facial de Bush con relación al tema de la “liberación iraquí”.

6. Del modelo paranoico al ejercicio del poder

En un análisis que hace varios años realizó de la obra *Masa y Poder*, de Elías Canetti (1960), el lingüista y psicoanalista suizo Hans Saettele (Saettele, 1985: 51-75) sostiene que una aseercción que puede extraerse de este texto es la de que en el delirio paranoico se tiene un modelo del poder político. ¿En qué sentido? En que el delirio paranoico ejemplifica la existencia de una pasión de sobrevivir a costa de la aniquilación de los demás; aniquilación que, por otro lado, es el núcleo mismo del ejercicio del poder. Saettele subraya que el delirio paranoico empieza con una visión catastrófica de “fin del mundo”. En un caso clásico de la bibliografía psicoanalítica, el caso del presidente Schreber analizado por Freud a través del diario autobiográfico de aquél, el sujeto se consideraba el único sobreviviente de diversas catástrofes. En sus delirios, Schreber tenía visiones catastróficas; por ejemplo, la del retiro del Sol y el consiguiente recubrimiento de la Tierra por una capa de hielo o los terremotos; o la visión de enfermedades contagiosas debidas a la destrucción de la religión y de la propagación de la inmoralidad. Pero, en cualquier “fin del mundo” que fuere, Schreber sobrevivía, de suerte que a Canetti, apunta Saettele, no se le escapa en este delirio la existencia de un monstruoso placer de sobrevivir, que enuncia en la fórmula: “todos muertos, pero yo vivo”. El momento de sobrevivir es, entonces, un **momento de poder y de placer**. “El momento de la sobrevivencia es el momento del **poder**. El terror por la visión de la muerte desemboca en **satisfacción**, puesto que uno mismo no es el muerto”, afirma Canetti.

Se trata, prosigue Canetti, de un placer monstruoso y secreto, pero no por eso menos impetuoso. Si tantos individuos buscan el peligro, no es en primer lugar por el atractivo de éste, sino por el hecho de que en la aventura hay otros que sucumben; de aquí que la posibilidad de que uno mismo podría ser el que sucumbe, importa poco ante la necesidad de los sujetos de experimentar una y otra vez el placer de sobrevivir. Canetti advierte que ese placer de sobrevivir no sólo “puede convertirse en una peligrosa e insaciable pasión”, sino que, además, “crece al tiempo que aumentan sus ocasiones”. Esas ocasiones propician que “cuanto mayor es el número de muertos entre los que uno se yergue con vida, cuanto más intensa e ineludible se hace la necesidad de esta sobrevivencia”. Todavía más, rescata Saettele del texto de Canetti: “las carreras de héroes y mercenarios apoyan la tesis de que se genera una especie de adicción que ya no tiene arreglo”.

Desde esta consideración, el poderoso, adicto a experimentar este placer de sobrevivir, no se ve obligado a jugarse la vida en ello. Recordemos que cuando Bush anunció paladinamente al mundo que se le había agotado la paciencia con Hussein, el menú de catarsis para su impaciencia no

contempló, obviamente, retar a un duelo personal a muerte a su homólogo iraquí, ya fuese a golpes o con sable en mano, o con un revólver al más puro estilo del Viejo Oeste. Nada de vulgaridades. Bush, como todo poderoso (de seguro, Bush nos corregiría: “todopoderoso”), había logrado ocupar una posición que le permitía emplear activamente a los demás para experimentar este placer. De aquí que, Canetti observa que el poder político “se nutre de la masa y se compone de ella”. “Es la tendencia profunda en todo poderoso ‘ideal’ –dice Canetti–, ser el último en quedar con vida. El poderoso envía a los demás a la muerte para ser él mismo perdonado por la muerte: la desvía de sí. No sólo le es indiferente la muerte de los otros; todo lo impulsa a provocarla de manera masiva. Acude a este expediente radical especialmente cuando su dominio sobre los vivos es impugnado. No bien se siente amenazado, su pasión de ver a todos muertos ante sí, casi no es refrenable por consideraciones racionales”. Un traje, pues, hecho a la medida del señor George W. Bush.

7. ¿De la “liberación iraquí” a la aniquilación de la humanidad?

Ahora bien, Hans Saettele advierte que sería malinterpretar la teoría paranoica del poder elaborada por Elías Canetti, si se la redujera a una explicación de la barbarie por la locura del poderoso. Lo que Canetti destaca es que tanto en la paranoia como en el poder existe la presencia permanente de un nivel de intersubjetividad humana al que designa con el término “pasión de sobrevivir”, el cual se manifiesta sobre todo en momentos de crisis. Esta “pasión de sobrevivir” es producto de un deterioro del poder, sí; pero no únicamente, sino que se detecta en el funcionamiento cotidiano del ejercicio del poder cuyo núcleo radica en sobrevivir a costa de la aniquilación de los demás. Este “sobrevivir-aniquilando” no es, pues, exclusividad de Bush; es constitutivo del poder. Pero salta a la vista que cuando el poder lo detenta un sujeto con las características del ex presidente estadounidense, entonces el enorme potencial bélico de destrucción masiva que nunca antes en la historia de la humanidad se había concentrado en un sólo lugar (curiosamente, en nombre de la paz y de la democracia para la “liberación iraquí”), se incrementa en proporciones inconmensurables. Como señala Freud, “la presión de la cultura no hace madurar consecuencias patológicas, pero se exterioriza en las deformaciones del carácter y en la propensión de las pulsiones inhibidas a irrumpir hasta la satisfacción cuando se presenta la oportunidad adecuada” (1915: 286).

Un inmenso poder y George W. Bush: una mezcla tan altamente devastadora que hizo palidecer las atrocidades de un régimen “tiránico y despótico”, según llegó a calificar Carlos Fuentes al régimen de Sadam Hussein, que entre los placeres que se proporcionó estaban los de “fumigar” kurdos o torturar y asesinar a cualquiera que le representara oposición. Un inmenso poder y George W. Bush: una combinación cuya destructividad proyectó dimensiones tan letales, que Juan Pablo II también llegó a advertirla como un serio riesgo para el futuro de la humanidad, al grado de que para su discurso del *Vía crucis* del Viernes Santo de aquel año desempolvó un texto de 1976, con tono apocalíptico: “La Tierra se ha convertido en un cementerio. Cuántos hombres, muchos sepulcros,

un gran planeta de tumbas”. A lo que muy probablemente Bush añadiría con placer desde su rancho en Texas: “Todos muertos, pero yo estoy vivo”.

8. A manera de conclusión

Ya en un ensayo, Noam Chomsky (1986: 31) observaba que: “La violencia, el engaño y la ilegalidad son funciones naturales del Estado, de cualquier Estado”. Así pues, el proceder del gobierno de Estados Unidos presidido por George W. Bush al invadir Irak en 2003, responde en esencia a lo que Chomsky denomina “las razones del Estado imperial”, mismas que rastrea hasta la colonización de América tras el arribo de Colón. Chomsky recuerda que para 1650 apenas quedaban alrededor de 200 000 indígenas de una población existente en América del Norte de 12 a 15 millones antes del “descubrimiento” por parte del navegante genovés. Se trató, afirma Chomsky, de uno de los genocidios “más terribles en la historia de la humanidad”. No obstante lo cual, Chomsky advierte, citando a T. D. Alman, que “la experiencia nacional de genocidio es prácticamente inexistente... No se les consideraba seres humanos, sino obstáculos al triunfo inminente de la virtud del pueblo norteamericano, que deberían desaparecer para que el sueño de una nación libre se hiciera realidad” (*ibídem*: 29). Está claro que los vencedores están muy lejos de pensar en lo ocurrido como un crimen de guerra.

Así como con Canetti no se puede reducir la explicación de la barbarie por la locura del poderoso, con Freud podríamos complementar que no es posible reducir a motivos económicos (en este caso, apropiarse de la riqueza iraquí en hidrocarburos) la invasión por las tropas estadounidenses a la antigua Mesopotamia, ordenada por George W. Bush en 2003.

No se entiende cómo se podrían omitir factores psicológicos toda vez que se trata de las reacciones de los seres humanos vivientes, pues no sólo estos han participado en el establecimiento de tales relaciones económicas, sino que, aún bajo su imperio, los seres humanos no podrían hacer otra cosa que poner en juego sus originarias mociones pulsionales (Freud, 1933^a: 165).

Y según hemos visto, entre estas originarias mociones pulsionales, el placer de agredir acecha la mínima oportunidad. Aunque habrá que acotar que no es lo mismo agredir a los del propio grupo que al diferente, al que, como advertía Chomsky, se llega incluso a no considerársele un ser humano. Ahora bien, si en el establecimiento de sus relaciones económicas y también sociales, los seres humanos inevitablemente ponen en juego sus primitivas mociones pulsionales, algo inherente a la especie humana que al parecer, se acentúa con una personalidad como la de George W. Bush.

De los rasgos de personalidad y del proceder de Bush sólo disponemos de datos que son del dominio público; pero de esos datos puede conjeturarse que apuntan a la paranoia. Hay comportamientos que respaldan esta hipótesis, por ejemplo, se dice, que mientras urdía invadir Irak no

escuchaba la opinión de los demás; asimismo, en su decisión de hacerlo cuando Hussein “le agotó la paciencia” se percibe un “pasaje al acto”, a saber una acción meramente impulsiva disfrazada de “razón de Estado”.

Con todo, en tanto que carecemos de un estudio clínico profundo de este ex presidente estadounidense, no tenemos los suficientes elementos para afirmar sin ninguna duda de que en la persona de Bush operara un cuadro psicopatológico de delirios paranoicos. Pero sí es posible afirmar que para que la masa se deje llevar por planteamientos paranoicos (sean estos alentados por delirios reales o por mera estrategia política) es necesario “prepararla” psicológicamente. En la medida en que Bush insistía en que el gobierno iraquí era el malo, el salvaje, es decir “diferente” y además capaz de atacar al pueblo estadounidense, era parte de esa preparación. La masa acrítica es susceptible de dejarse llevar al ejercicio de las peores vejaciones sobre otros humanos, ya que las pulsiones agresivas, aun aquellas de carácter más violento, habitan en los seres humanos y están prestas para ejercerse cuando se cancelan sus inhibiciones.

El proceder de Bush, asimismo, tiene una utilidad psicológica: crear paranoia. Es sabido que en los grupos, siempre surge un elemento persecutorio. Cuando dicho elemento se coloca fuera del grupo, éste tiende a cohesionarse. Hacer que la masa también desfogue sus pulsiones agresivas contra “los malos”, que sienta “la misma amenaza” que supuestamente también siente el poderoso, fortalece a éste. Ya lo dijo Canetti: el poder político “se nutre de la masa y se compone de ella”. Lo ilustra el hecho de que Bush utilizó su manifiesta paranoia no sólo para mitigar críticas internas y fortalecerse con gente que sí se sentía amenazada, sino para ganar popularidad al grado de conseguir la reelección en la presidencia.

Del mismo modo que “sociologizar” un hecho bruto consistiría en la pretensión de agotar su explicación únicamente en su dimensión de dato sociológico, “psicologizarlo” sería pretender dar cuenta de él sólo desde el orden psicológico, en este caso el proceder de Bush para invadir Irak en 2003. No psicologizar la explicación de un hecho bruto implica la posibilidad de complementar explicaciones de otras disciplinas; y de destacar, en el caso Bush, el elemento de uso psicológico de la guerra.

Bibliografía

- André, J. (1993). *La révolution fratricide. Essai de psychanalyse du lien social*, 1^{re} édition. Paris: PUF.
- Chomsky, N. (1986) La fabricación del consenso. Revista *Nexos*, año IX, 9, (97).
- Devereux, G. (1972). *Etnopsicoanálisis complementarista*. Buenos Aires: Amorrortu editores, 1975.
- Freud, S. (1915). *De guerra y muerte. Temas de actualidad*. Obras completas, tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu editores, 1976.

- (1916 [1915]), *Conferencias de introducción al psicoanálisis*. Obras completas, tomo xv. Buenos Aires: Amorrortu editores, 1976.
- (1930 [1929]). *El malestar en la cultura*. Obras completas, tomo. xxi. Buenos Aires: Amorrortu editores, 1976.
- (1933a [1932]). *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis. 35ª conferencia. En torno de una cosmovisión*. Obras completas, tomo xxii. Buenos Aires: Amorrortu editores, 1976.
- (1933b [1932]). *¿Por qué la guerra? (Einstein y Freud)*. Obras completas, tomo xxii. Buenos Aires: Amorrortu editores, 1976.
- Garrabé, J. (1993). *Diccionario taxonómico de psiquiatría*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Saettele, H. R. Para una lectura de ‘Masa y Poder’ de Elías Canetti. *Encuentro*, 2 (2), pp. 51-75. El Colegio de Jalisco, Guadalajara, Enero-Marzo 1985.

Recibido: 20/08/13

Dictaminado: 19/03/14

Corregido: 31/03/14

Aceptado: 20/04/14